

“María”, ópera de A. Prado

Por Yehudi Monestel A.

La ópera “María” de Alcides Prado, recientemente estrenada en el Teatro Nacional, ha sido el mejor intento para resucitar en el país un género que ha decaído notablemente.

Sin llegar a formalismos o academicismos estrictos, “María” supone un esfuerzo apreciable de Prado, cuya carrera de compositor destacó en el poema sinfónico “Siguiendo La Estrella”, el ballet “Tamira”, la suite para orquesta de cuerdas “Dulce Hogar” y algunas zarzuelas como “Nuestra Tierra” y “Milagro de Amor”, sin olvidar la ligerísima estructura de “Aladino”, una comedia musical elaborada especialmente para la gente menuda.

Ya hace mucho rato que en el país no nacen óperas estrictamente nacionales, quizás desde que Benjamín Gutiérrez armó “Marianela”, cuya dramática belleza llamó mucho la atención hace algunos años. Lo único que hemos tenido, esporádicamente y debido al impulso de un quijote musical llamado Arnoldo Herrera, son temporadas de ópera italiana que se montaron con cantantes que tenían algún renombre europeo en años recientes, y promesas del belcanto costarricense.

“María” es en realidad un cuento lírico que trata de seguir el esquema operático tradicional. Su música, tanto en las arias del tenor como en el recitativo del barítono y los concertantes, es agradable y pegajosa, con partes de coro efervescentes como agua carbonatada y danzas coloridas.

Lo que anduvo mal fue su puesta en escena, ya que Roberto Desplá —un veterano director

teatral—, se aferró a un estatismo incomprensible y los personajes principales y los partiquinos

anduvieron hechos una pelota con los coristas en un solo trozo de escenario.

Dejando en evidencia este pecado mayor, la obra de Prado resultó refrescante, aunque el libreto no está a tono con la música, y su autor, el propio Prado, anduvo muy aéreo, cayendo incluso en algo muy cercano al ridículo con la truculenta muerte de Juan Andrés en el segundo acto.

Llamó la atención descubrir en “María” una bella canción que fue sustento principal en la zarzuela “Nuestra Tierra”, puesta en la escena del Teatro Nacional allá por los años 50 y obra del mismo Prado.

Un vistazo rápido a los cantantes indica un conjunto con altibajos. La “María” de María de los Angeles Clavo no llegó a cuajar. Su voz tiene inflexiones de soprano muy hermosas, pero la mayor parte del tiempo se la “tragó”, y además anduvo del brazo con los nervios, dando la sensación de una inseguridad permanente. De los dos tenores alternos el mejor, sin duda alguna, fue Marco Antonio Quesada. Su voz tiene reminiscencias de Gustavo Silesky (el desaparecido ídolo post-Melico del canto costarricense) y sabe cantar



Escena del coro en la ópera “María”, del Maestro Prado, una obra con música agradable y danzas coloridas que se estrenó recientemente en el Teatro Nacional. (Foto M. Castillo)

con buena técnica, prudencia y mucha dulzura. Conociendo sus limitaciones, Quesada no se excedió en ninguna parte y anduvo bien con la orquesta, actuando con decoro y muy seguro. Tito Vega, que posee mayor volumen, más potencia, en su debut hizo correr un poco a la orquesta y trató, con salidas al límite exterior del escenario, de lograr un ambiente efectista con sus agudos. Más preocupado por este detalle que por la integridad de su quehacer como cantante, nos dejó a la espera de una nueva ocasión para analizarlo con justicia.

Al barítono José Rafael Ocho esta obra le vino como anillo al dedo. El Ochoa que creíamos “moribundo” en sus esfuerzos de cantante, después de sus grises actuaciones en “Milagro de Amor” y algunas otras cosas, resucitó. Manejando bien su voz, parco en la mímica y serio en las tablas, alcanzó en el recitativo y la romanza una decorosa interpretación musical. Fue muy agradable descubrirlo en su tesitura baritonal normal y hay que creer que en obras de éste género, sin obligaciones dramáticas de fuerza ni galopeos exagerados de canto, Ochoa puede ser figura muy digna.

Al final Víctor Manuel Rojas,

un veterano bajo costarricense que prácticamente se ha “comido” todas las temporadas de ópera nacional o extranjera en el país, saca una plegaria redonda, dando el mejor uso posible a sus facultades.

Creemos que al maestro Prado no se le han terminado ni sus ideas ni su buena música, estimando nosotros que podría incurrir todavía en otros partos agradables, como ésta “María” que hizo aplaudir al público con cariño.